

SUFISMO, DE HALIL BÁRCENA

Fragmenta Editorial, Barcelona, 2012, 176 pp.

Reseña de Francisco Martínez Albarracín

“El sufismo no consiste en realizar muchas oraciones y ayunos, sino que es la firmeza del corazón y la generosidad del alma”. Estas palabras de Ğunayd, el maestro de Bagdad, citadas por el autor del libro que comentamos, pueden servirnos en el intento de sintetizar la esencia del sufismo, algo que Halil Bárcena se propone y consigue en este bello libro: algo más que una buena introducción, clara, rigurosa, honda y personal a la espiritualidad de los místicos sufíes.

Con atrevimiento —él mismo lo reconoce— y con conocimiento de causa, con mucho talento para la síntesis, el libro nos acerca en cinco capítulos a ese fenómeno tan rico y complejo que es el *taṣawwuf*, sin perder nunca de vista lo esencial: aquello que difícilmente puede ser dicho y de lo que sólo puede hablarse en la medida en que se está atento tanto a las palabras de los maestros espirituales como a sus silencios, lo que supone atender —y el autor del libro lo hace a menudo— a las expresiones poéticas (Rūmī, Sa’dī, Ḥāfiz de Šīrāz, ‘Aṭṭār, Ḥakīm Ṣanā’ī, Ibn ‘Arabī, Ḥallāğ, Rābī’a...).

Cinco capítulos que tratan de precisar lo que entendemos por sufismo, su relación con el islam, sus principios doctrinales, su historia y sus métodos y prácticas principales. A los que hay que añadir una sugerente introducción, un breve epílogo (*Sufismo hoy y mañana*) y unos apéndices muy útiles: una detallada cronología, un cuidado glosario y una bibliografía comentada de textos en castellano.

El autor conoce el sufismo desde dentro y eso se advierte en sus páginas. Desde luego, no faltan las referencias a autores indispensables (Henry Corbin, Hossein Nasr, Louis Massignon, Frithjof Schuon, Annemarie Schimmel, Martin Lings, William Chittick o Michel Chodkiewicz, entre otros) y el lector interesado podrá encontrar otros muchos textos valiosos, la mayoría en francés, pero también en castellano y en otros idiomas, convenientemente citados en las notas a pie de página; a modo de ejemplo: Richard Gramlich, Javad Nurbakhsh, Abderramán Maanán, Abdelmajid Charfi, Pablo Beneito, Éric Geoffroy, Khaled Bentounès, Miguel Cruz Hernández, Claude Addas o Daryush Shayegan.

Además de ser considerables la base académica y el conocimiento erudito, aún son más de agradecer las reflexiones y valoraciones personales, siempre sugerentes, aunque pudieran discutirse en algún detalle (el mismo Halil Bárcena reconoce, haciéndose eco de un hadiz profético, que “la discrepancia en mi comunidad es una bendición”). Y un aporte inestimable lo constituyen las numerosas citas, máximas, hadices y pensamientos sapienciales de los maestros, que aparecen por doquier invitando a la reflexión. Mérito del autor, que pretende así refrendar y fundamentar lo que expone, sabiendo desaparecer oportunamente para dejar que brille la frase verdadera, el foganazo de luz, la inspiración interior o la intuición poética. Valgan unos ejemplos:

“Un sufí no pregunta jamás qué es un sufí” (Abū Ḥafṣ al-Ḥaddād); “cuando la pobreza es completa, es Dios” (Rūmī); “una investigación filosófica que no desemboca en una realización espiritual personal es una vana pérdida de tiempo, y la búsqueda de una experiencia mística sin una seria formación filosófica previa tiene todas las probabilidades de perderse en aberraciones, ilusiones y desviaciones” (Suhrawardī); “el *walī* [santo] lo es para todo el mundo” (como acostumbra a decir los derviches *bektaşīes* turcos); “el cielo y la tierra no me contienen, pero sí el corazón de mi fiel sirviente” (hadiz *qudsī*); “hay muchos pecados benditos y muchos actos de sumisión a Dios que son execrables” (Sulṭān Walad); “todo en la senda del derviche es perplejidad” (*ḥayra*) (Rūmī); “quien crea que obtendrá el éxito sin esfuerzo es un iluso; y quien crea que lo obtendrá a base de grandes esfuerzos es un arrogante” (‘Alī); “no hay ningún ser fuera de Dios” (‘Azīz Nasafī); “no ser nada es la condición necesaria para ser” (Rūmī); “quién me ve y sabe que me ve, no me ve” (hadiz *qudsī*); “quien me busca, me encuentra. Quien me encuentra, me ve. Quien me ve, me conoce. Quien me conoce, me ama. A quien me ama, lo amo. A quien amo, le arrebató la vida. A quien arrebató la vida, le debo una recompensa. A quien debo una recompensa, la recompensa soy yo” (‘Alī).

Y las citas podrían multiplicarse. Invitamos a la lectura del libro para ahondar en el conocimiento de esa realidad sin nombre, plural, compleja, firmemente arraigada en el Corán pero que se formó seguramente a partir de influencias diversas; para conocer mejor sus relaciones con el chiismo, sus orígenes y su historia, así como sus formas de organización (*ḥanaqa*, *ṭarīqa*, *ṭāʾīfa*), sus métodos (ante todo el *dīkr*, el recuerdo) y prácticas principales. Para saber de *malāmātīes* y *qalandares*, esos “sufíes más allá del sufismo”; para aprender sobre lo incierto de la etimología de estas palabras (Halil Bárcena, buen filólogo, tiene siempre presentes la etimología y los significados de las radicales trilíteras de la lengua árabe); para conocer, en fin, cuáles son los aspectos doctrinales más importantes del sufismo.

Un apartado bellísimo me parece el dedicado a la música y danza sufíes, escrito con sutileza y con la sensibilidad propia de un artista. Muy bien sintetizadas las relaciones entre el sufismo y el islam, al tiempo que se ponen de manifiesto las peculiaridades del primero en tanto que religiosidad interior, libre, innovadora y en no pocas ocasiones rebelde o “heterodoxa”.

Sin embargo, el capítulo central lo constituye, indudablemente, el dedicado a los aspectos doctrinales del sufismo. El discernimiento entre lo absoluto y lo relativo, el *tawḥīd* espiritual; la visión cosmoteándrica (como gustaba decir a Raimon Pánikkar), el cosmos como revelación; la virtud como belleza y nobleza del alma. Y ese vivir en la presencia, que es un compromiso con la realidad. Por supuesto, también, el *taʾwīl* o la hermenéutica simbólica del Corán que conduce a “ir penetrando las diferentes esferas de sentido del texto” sagrado (de ahí la importancia de la llamada ciencia de las letras, o *ʿilm al-ḥurūf*), todo ello propiciado por las “enormes posibilidades expresivas” del idioma árabe; y siempre conectado con la transformación del intérprete, con la realización espiritual, pues no podemos olvidar que el sufismo, más que conocimiento especulativo o saber teórico (y este sería uno de sus puntos de acuerdo esenciales con el budismo, por ejemplo) es un saber práctico y una vía de perfecciona-

miento o liberación. Aquí también, en este capítulo III del libro, se dedica especial atención a la figura del profeta Muhammad como modelo místico del sufi y luego se exponen con cierto detalle las tres etapas de la senda espiritual (*ṣarīʿa*, *ṭarīqa* y *ḥaqīqa*). Me dejo para el final la doctrina de la unidad del ser; un aspecto central y controvertido que requiere verdadera finura y sutileza intelectual y espiritual para ser comprendido. Un aspecto que le parece al autor “el corazón doctrinal del sufismo”, esencial en Ibn ‘Arabī, equiparable a la doctrina vedántica de la no-dualidad y que supone una interpretación metafísica de la doctrina semítica de la creación y de sus relaciones con una concepción neoplatónica de la emanación. A mi modo de ver, esta doctrina implica un evidente *panenteísmo* (que niega la relación ni la multiplicidad en el seno de la unidad), pero en modo alguno un burdo panteísmo que vendría a confundir, para decirlo de manera sencilla, la tesis “Dios es todo”, o “Dios es el Ser” (el puro Acto de Ser, del que todo participa, que diría un teólogo tan ortodoxo como Santo Tomás de Aquino) con la tesis “todo es Dios” o “cualquier cosa finita es Dios”. En este sentido, nos parece más apropiada la expresión “esencia”, “ser” o “realidad” (con mayúsculas, si se prefiere) que la expresión “existencia” (así en “unidad de la existencia”, ya que la palabra *wuǧūd* se suele traducir como “existencia”, pese a la riqueza semántica que deriva de “encontrar”), pues, etimológicamente, “existencia” alude a un origen, a una procedencia, a un sostenerse a partir de otra cosa; evidentemente, en este sentido, no sería propiamente aplicable a Dios, a lo Real o Absoluto (el Nombre divino *al-Ḥaqq*).

La frase del príncipe sufi del periodo mogol Dārā Šokuh (1615-1659), que fue famoso por sus traducciones del sánscrito al persa: “todo es Él”, aunque típica del pensamiento de la India, podría ser interpretada como “todo está en Él”, o “El constituye la verdadera realidad de todas las cosas”, esa *fiṭra* o realidad esencial que no nos pertenece en tanto que seres creados, pero, al mismo tiempo, una realidad sin la que nada somos. Un misterio, si se nos permite decirlo, difícilmente inteligible al margen del amor; porque, como escribió Ibn ‘Arabī en sus *Fuṣūṣ*: “El movimiento que da lugar a la existencia del universo es el movimiento del amor”, por lo que, ahora en sus *Futūḥāt*: “ni una sola de sus criaturas puede dejar de encontrarlo [a Dios] en su naturaleza original”.

Hay que agradecer a la editorial Fragmenta la publicación de este libro, además de sus otras publicaciones, como por ejemplo la edición de las obras completas de Raimon Pánikkar en catalán (en castellano están siendo publicadas por Herder), o su colección de *Sagrats i Clàssics*, de la que es asesor el propio Halil Bárcena.